

**LA GUERRA CONTRA
NOBUNAGA**
La hija de los Piratas
Murakami

RYŌ WADA

Traducción:
Isami Romero Hoshino


QUATERNI

Título original: Murakami kaizoku no musume

Copyright © Ryo Wada 2013

Todos los derechos reservados

Edición original japonesa publicada por SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd.

La presente edición en español, se publica de acuerdo con SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd., a través de Ogihara Office, España

Copyright © 2015 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción: Isami Romero Hoshino

LA GUERRA CONTRA NOBUNAGA. La hija de los piratas Murakami

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-942858-9-9

EAN: 9788494285899

IBIC: FFH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Revisión: Juan Jiménez Ruiz de Salazar

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Cuadratín

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Estugraf Impresores, S.L.

Depósito Legal: M-32672-2015

Impreso en España

20 19 18 17 16 15 (11)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

CAPÍTULO INTRODUCTORIO



No se sabe con certeza desde cuándo se le comenzó a llamar «Ōsaka» a este lugar.

Todo indica que el primer registro del nombre de «Ōsaka» apareció en el periodo Edo. En esos años, importaba más cómo se pronunciaban los nombres de los lugares que cómo se escribían en caracteres chinos. Por esa misma razón, se usaba la palabra «Ōsaka» para denominar a aquel paraje.

Por lo tanto, durante la época Sengoku, el sonido «Ōsaka» se escribía en caracteres chinos como «Ōsaka» (大阪). Sin embargo, el lugar que nosotros conocemos actualmente como «Ōsaka», en aquella época, se llamaba comúnmente Naniwa.

Entonces, ¿dónde estaba «Ōsaka»?

En el periodo Sengoku, había un solo lugar conocido por ese nombre.

En ese lugar se localizaba la sede de la Ikkō-shū¹, una facción religiosa del Honganji. Era el Ōsaka Honganji. Es donde ahora está edificado el Castillo de Ōsaka.

«Parece que el Ōsaka va a ser aniquilado».

1 Ikkō-shū: facción budista que propone que la gracia de Amida ha salvado ya a todos los creyentes. Es una rama del Jōdo Shinshū. Durante el siglo xv y xvi se rebelaron contra el poder de los daimyō y gobernaron desde sus templos algunos territorios.

Era el cuarto año de la era Tenshō (1576), en el periodo Sengoku; a mediados de abril, no sabemos con exactitud el día. Magoichi Suzuki, cabecilla de los mercenarios de Saika de la región de la provincia de Kishū —la actual prefectura de Wakayama—, miraba con detenimiento, desde una de las murallas de la fortaleza del Ōsaka Honganji, algún lugar al otro lado. Fruncía con profundidad su ceño.

«Tengo que hablar con él», pensó, preocupado.

Se acercaba la luna llena, pero esa noche había muchas nubes. El punto externo que preocupaba a Magoichi se encontraba oculto en la penumbra. Finalmente, apartó su vista de aquella oscuridad, se dio la vuelta y se dirigió hacia el otro lado.

De día, las piedrecitas del río, colocadas en la extensa zona que abarcaba el Ōsaka Honganji, deslumbrarían por su blancura. Pero en aquel momento, en que había caído la noche, no se veía absolutamente nada, solo se escuchaba el sonido de las pisadas de Magoichi cuando caminaba sobre ellas; en esa vasta extensión lo único que parecía pálido era el muro.

«¿Dónde demonios está ese hombre?», se preguntó.

Estaba esperando a Kenno, el undécimo jefe del templo de Honganji. En aquel entonces contaba treinta y tres años.

Magoichi, que estaba en la mitad de la treintena, no consideraba a este dirigente de los *monto* de la Ikkō-shū, como una persona común de su misma generación. Tenía que ver cuanto antes a ese hombre.

«De nuevo, estoy en este tedioso templo de Amithaba», se resignó.

Alzó la vista para contemplar el gigantesco edificio ubicado frente a él. Dentro del templo de Amithaba, estaba resguardada la imagen que veneraban los de la Ikkō-shū, el Buda Amithaba. Al bajar su mirada, encontró la sombra de un hombre que se contorneaba en silencio.

«¿Será él?», se preguntó, frunciendo el ceño.

—¡Rairyū! —gritó.

Se trataba de Rairyū Shimotsuna, jefe de la administración de la secta de Kenno.

He dicho jefe, pero en realidad no se trataba de un religioso, sino de un aliado cercano, encargado de administrar todos los asuntos cotidianos, que no tenían que ver con los actos budistas de Kenryo. Desde antaño, este tipo de personas solían concentrar el poder. Rairyū conocía muy bien esta situación y por esa misma razón había buscado aprovecharla en todo lo posible.

—¿Quién eres?

Rairyū se giró hacia aquella voz que había escuchado. Alzó la barbilla con arrogancia y miró hacia la sombra de Magoichi que se acercaba caminando sigilosamente.

«Este maldito Rairyū, lo único bueno que tiene es la voz».

Mientras lograba definir lo que estaba frente a sus narices, en su interior Magoichi rio irónicamente.

Los Shimotsuma, clan del que descendía Rairyū, desde antaño se habían dedicado a apoyar las actividades religiosas y cotidianas de los jefes del Honganji. Cuando tenían que tratar con las actividades budistas, se involucraban en las sesiones diarias de meditación e iluminación y como solían memorizarse los escritos de Shinran, el fundador de la Ikkō-shū, desde niños, terminaban aprendiendo los Himnos de la Corriente de Ohara. Rairyū mismo, aunque ahora se dedicaba a administrar las labores cotidianas, en su niñez había sido instruido para recitar las oraciones.

—¡Soy yo, Magoichi!

Al ser contestado por un grito, la sombra de Rairyū se tensó, en señal de precaución.

—Camina por el pavimento de piedras, por el pavimento de piedras.

No se debían alterar las piedrecitas de río purificadas.

«Maldita sea», bufó enfadado Magoichi para sí mismo.

La sombra de Rairyū finalmente logró tomar forma y apareció frente a él. Como se lo había imaginado desde un principio, estaba alzando la barbilla en señal de arrogancia.

Rairyū tenía toda la pinta de un monje. Tenía rapada toda la cabeza y llevaba puesto un vestido religioso. Pero lo que lo diferenciaba de un monje ordinario era que de su cintura colgaba una espada. A este tipo de personas se les solía llamar

popularmente samuráis de los templos, por esa misma razón no era nada extraño que Rairyū llevara colgada un arma.

No obstante, Magoichi dirigía a un grupo de mil mercenarios armados con rifles. Para una persona como él, esa imagen de monje guerrero no dejaba de parecer una ridiculez.

«Maldito aprendiz de samurái», pensó.

Decidió darle un escarmiento a este intento de guerrero.

—Oye, ¿dónde está el cabrón de Kōsa?

—Kōsa, ¿cómo te atreves? —alzó enloquecido su hermosa voz, pulida por los Himnos de la Corriente de Ohara, Rairyū.

Kōsa era el nombre secular de Kenryo. ‘Kenryo’ era el nombre budista que le habían otorgado como discípulo de Buda. Nadie de esa facción llamaba al jefe con su nombre secular.

—Para ti es «Su señoría Monzeki».

Para Rairyū, Magoichi era un simple *monto*. Por eso, se le salieron los ojos de las órbitas y lo regañó.

«Se ha enfadado», rio para sus adentros Magoichi.

Pensó que si ahora fuera de día, podría ver salir vapor de la cabeza rapada de Rairyū, por eso en su interior se estaba carcajeando.

—No hay ninguna razón para que yo informe a un insolente acerca de dónde está nuestro señor.

Después de decirlo, Rairyū se dio la vuelta e intentó regresar.

«No me vengas con ese cuento», pensó Magoichi.

Dejó de reírse en su interior. Alargó su largo brazo y, por la espalda, tomó del cuello a Rairyū.

—¿Qué haces? —le recriminó, con voz dulce para los oídos de su oponente, mientras caía de rodillas. Aunque intentó librarse de los brazos de Magoichi que lo aprisionaban, este monje no tenía ninguna posibilidad frente a la fuerza del cabecilla de los mercenarios de Saika.

Magoichi acercó su boca a los oídos de Rairyū.

—Rairyū, ¿sabes con quién estás hablando? Estás diciendo que el cabeza de los mercenarios de Saika es un insolente. ¿Realmente merezco ese trato? —murmuró en un tono bajo, aunque era una pregunta absurda, ya que quien había provocado

toda la situación había sido él mismo. Vio de reojo que a Rairyū se le complicaba cada vez más respirar.

—Uh —dijo Rairyū, mientras luchaba por respirar. Era la primera vez que veía a este tipo tan cerca.

Los ojos de Magoichi no eran los de un hombre ordinario. Eran muy grandes, pero sus negras pupilas eran tremendamente pequeñas. Para algunos, esos ojos parecían los de un ave de rapiña.

Con esa vista de halcón, se fijó en su oponente y siguió hablando.

—Francamente, a mí me importa un comino todo esto, pero si no hacéis nada, tú y tus monjes vais a terminar consumidos por el fuego.

—Vamos hacia el edificio del Divino Espíritu —respondió Rairyū con los ojos casi llorosos. Su voz parecía como si hubieran chocado unas piedras.

—Bien.

Magoichi relajó sus brazos y se dirigió hacia el templo. Rairyū lo alcanzó corriendo.

—¿Qué es eso de que seremos consumidos por el fuego? Contesta ahora mismo.

«Parece que su voz ha recuperado su buen tono de inmediato», se sorprendió Magoichi.

El tipo había recobrado su postura autoritaria de aliado de Monzeki.

—Solo se lo contaré a Monzeki. Ven conmigo —le dijo a Rairyū y siguió buscando el camino. Ahora ya no le llamó 'Kōsa'. Hace un rato, esa voz había dicho que toda esta situación le importaba un comino, pero no había duda de que era urgente.

2

—Monzeki.

Magoichi Suzuki siguió a Rairyū Shimotsuma y al abrir las puertas de ventanas de papel del edificio del Divino Espíritu, Kenryo, vestido con un atuendo rojo, estaba contemplando de arriba abajo la estatura de Shinran, el fundador y señor de este recinto.

—Magoichi...

Al girarse, Kenryo mostró una minúscula sonrisa.

«Es un tipo de linaje noble», pensó Magoichi.

No podía controlar esa sensación de paz que comenzaba a inundar su ser.

Los dibujos que existen hasta la actualidad de Kenryo lo muestran como una persona de rostro extremadamente largo. Esta característica la heredó su hijo Kyōnyo, de quien dicen que le medía treinta centímetros aproximadamente.

Al mostrar esa leve sonrisa, los ojos colocados en la parte superior de la cara de Kenryo se volvieron pequeños, los diminutos labios colocados en el extremo de la parte inferior del rostro mostraron una pequeña curva. Su figura emanaba una bondad imposible para una persona que vivía en el periodo Sengoku.

Magoichi consideraba que este rostro, totalmente alejado de cualquier obra de *ukiyo-e*, era producto del linaje de Kenryo.

El momento en que la Ikkō-shū se acercó a la sociedad de los *kuge*, fue en la época de Syōnyo: el padre de Kenryo. Este utilizó como arma la gran riqueza obtenida por los pagos realizados por los *monto* y se convirtió en un grupo cercano de la familia Kujō, quienes eran un clan miembro del *sekkan*. El Honganji, el centro de la Ikkō-shū, había logrado reconocimiento como templo del Imperio, gracias a los grandes recursos manejados en la oscuridad. La madre de Kenryo, asimismo, era una hija de unos *kuge*.

A los once años de edad, debido a la muerte de su padre, Kenryo se convirtió en la cabeza de la secta. Al convertirse a una edad tan temprana en el líder del Honganji, los *monto* de todo el país cuidaron con esmero su persona. La primera vez

que se le reconoció oficialmente como líder espiritual fue a los dieciséis años.

Más que un monje, se trataba de un gran *daimyō*. No, más bien, era un noble. Cualquiera con ese linaje y al ser apoyado de esa manera por las personas, terminaría convirtiéndose en una persona especialmente bondadosa. A ojos de Magoichi, Kennyo era ese tipo de modelo. No era una de esas personas que le generara repulsión.

«Quién podría creerse que este tipo lleva peleando siete años contra Nobunaga», se dijo.

La guerra entre Nobunaga Oda y la Ikkō-shū, es decir, la Guerra de Ishiyama estalló seis años antes, en el primero de la era Genki (1570). Se llamó así debido a que el Ōsaka Honganji a la postre fue rebautizado con el nombre de Ishiyama Honganji. Por lo que en aquella época no existía tal nombre.

Kennyo se enemistó con Nobunaga porque este ordenó a los del Ōsaka Honganji que le entregaran el lugar; esta es la explicación que existe desde antaño, pero no hay pruebas de ello.

No obstante, según la *Crónica de la expulsión de Ishiyama*, un texto que plasmó los hechos de la Guerra de Ishiyama, Nobunaga dijo lo siguiente:

Aquel territorio de Ōsaka Honganji es, desde tiempos antiguos, un terreno apto para edificar un castillo. Si construimos en ese lugar uno, nos va a permitir controlar la frontera oeste. No hay ningún lugar mejor para ello.

De igual manera, en *Las memorias bélicas de Ishiyama*, que narra los detalles de la Guerra de Ishiyama, existe un pasaje similar. Está citada una carta enviada por Kennyo a un *monto* de Ōmi antes del estallido de la batalla:

Hasta ahora había aceptado las peticiones de Nobunaga, pero eso no ha sido suficiente, ahora nos dice que nos vayamos del Ōsaka Honganji.

Como muestra esta información, probablemente Nobunaga ordenó que desalojaran el templo, aunque también pudo haber algo que los obligara a hacerlo.

Hasta ahora, Nobunaga había exigido a Kenryo el pago de cinco mil kanes, como tributo, así como otro tipo de peticiones complicadas. Kenryo respondió sin titubear, pero no podía acceder a entregarle la tierra de Ōsaka. Por eso, decidió pelear.

Desde entonces, habían pasado siete años, Kenryo seguía combatiendo frente a Nobunaga, pero también había buscado negociar la paz. Desde octubre del año anterior hasta abril del cuarto año de la era Tenshō, seguía la tregua.

«Pero ha llegado a su fin», pensó Magoichi, mientras vislumbraba lo que deparaba el destino a los del Ōsaka Honganji.

«Si hay otra batalla, perderán», pensaba.

Ya hemos visto por qué: la preparación de los fosos. Magoichi, que se encontraba en el edificio del Divino Espíritu, se detuvo frente a Kenryo y le informó.

—Probablemente las fuerzas de Nobunaga estén creando una nueva fortaleza en Tennōji.

—¡En Tennōji! —gritó Rairyū, que venía detrás de él.

Tennōji era un lugar ubicado al sur de Ōsaka Honganji, a una distancia de casi dos kilómetros.

—Así que esa es la razón de tu urgencia.

Cuando Rairyū gritó lanzando unos quejidos horribles, la sonrisa de Kenryo desapareció. Sin decir ni una palabra, este monje vestido de rojo se dio la vuelta y se dirigió al exterior del edificio del Divino Espíritu a paso veloz.

«Oye, tú. Sí, tú, el jefe de esta secta. Tienes que fijarte en la fortaleza del Tennōji», pensó Magoichi.

Después de ver a Kenryo y que la espalda de Rairyū se alejara detrás de él, Magoichi siguió a los dos varones.

Cuando Magoichi salió al pasillo del edificio del Espíritu Divino, los monjes corrieron hacia la fosa sur del templo con todas sus fuerzas, como si fueran una estampida. El sol de la mañana, que debía alzarse por las montañas de Ikoma, aún no se asomaba. Pese a ello, el cielo ya había recuperado la

luminosidad. Entre todos esos monjes vestidos de negro, resaltaba la vestimenta escarlata de Kenryo. Por supuesto, todos ellos se habían percatado de la presencia de su jefe. Dejaron de correr y ajustaron sus pasos a los de Kenryo.

«Estos *monto*», pensó con desprecio Magoichi.

Los monjes revoloteaban alrededor de Kenryo como si fueran un cardumen de peces negros tratando de seguir los fuegos fatuos. Magoichi chasqueó la lengua para sus adentros. Había una pequeña razón por la que este hombre se sintiera molesto por la presencia de tantos *monto*.

«Sea lo que sea lo que les depare el futuro, todos ellos siguen las órdenes de Kenryo», pensó.

Su rostro reflejó una mueca de enfado. Saltó desde el pasillo y comenzó a correr.

—Primero en Noda, luego en Moriguchi y en Morigawachi, y ahora ha construido una fortaleza en Tennōji. Nos han rodeado por todos los flancos —le gritó Rairyū a Magoichi, que venía corriendo a su espalda.

Según la *Crónica oficial de la vida del señor Nobunaga*, escrita por Gyūichi Ōta, uno de los vasallos de Nobunaga Oda, la fecha en la que los generales de Nobunaga terminaron de crear la fortaleza de Tennōji fue el 14 de abril del cuarto año de la era Tenshō, después de construir las de Noda, Moriguchi y Morigawachi.

La primera en construirse, la fortaleza de Noda, estaba a cuatro kilómetros al oeste del Ōsaka Honganji.

A Rairyū le espantó la situación. Para poder defenderse había concentrado a sus hombres en un lateral del templo de Honganji, en las fortalezas de Rōnokishi y Kidu.

—Eres un estúpido. Frente a un tipo como Nobunaga, la única opción era no hacer nada —soltó enfadado Magoichi hacia la nuca de Rairyū, que corría de prisa esparciendo las piedrecitas de río—. Simplemente le diste un pretexto a Nobunaga.

Magoichi tenía razón. La estrategia de Rairyū le dio un pretexto a Nobunaga para que abandonara el alto el fuego.

Esto lo demuestra un documento fechado el 3 de abril por Nobunaga, un edicto que decía:

Si salen las mujeres y los hombres confinados en el Ōsaka Honganji, los salvo.

Para los del Honganji era una situación que los obligaba inevitablemente a emprender una guerra, confinados en su fortaleza.

Al ver que los del templo habían decidido quedarse, Nobunaga construyó los fuertes de Moriguchi y Morigawachi y rodeó al Ōsaka Honganji por el noreste y el este. La fortaleza de Moriguchi estaba a cinco kilómetros del Ōsaka Honganji y la de Morigawachi a unos tres kilómetros. Y ahora había establecido una en Tennōji. Por fin los habían rodeado por el sur.

Todo esto en menos de dos semanas.

«Cayeron en la trampa», reprochó Magoichi a Rairyū, mientras este apretaba los dientes en señal de rabia.

3

Después de subir los escalones del monte, Kennyō, el guía de los monjes vestidos de negro, y Rairyū Shimotsuma vieron lo que había al otro lado de la parte externa del muro sur y se quedaron estupefactos. Al ver ese paisaje que hasta hacía unos momentos estaba oculto en la penumbra, Magoichi Suzuki pensó lo mismo: «Tenía razón».

Puso una mueca severa, aún más de la que había mostrado hasta ese momento.

El Ōsaka Honganji estaba ubicado en el extremo norte de la larga meseta de Uemachi. Ocupaba una superficie de novecientos metros cuadrados y en los alrededores del templo había unas fosas, tras estas había unos seis pueblos semi-fortificados, cada uno con sus templos, que rodeaban el área y allí vivían los *monto*. Asimismo, esos pueblos estaban rodeados de fosas.

Magoichi estaba ahora en el flanco sur, desde allí podía ver bajo sus pies un pueblo rodeado por una gigantesca fosa, y más

PRÓXIMAMENTE

**LA GRAN BATALLA NAVAL.
La hija de los Piratas Murakami II**

Más información en:
<http://quaterni.es>



Síguenos en:

<http://www.facebook.com/QuaterniEditorial>
<http://www.twitter.com/quaterni>
<http://www.pinterest.com/quaterni>
<http://www.youtube.com/quaternieditorial>